

Una mirada al sector exterior, en la perspectiva de la Gran Depresión

Jordi Maluquer

Pocas dudas pueden quedarle a nadie de que la causa última de la Gran Depresión en que se ha sumido la economía española desde el año 2007 en adelante se encuentra en el pinchazo de la burbuja inmobiliaria que se había estado gestando en los doce años anteriores de forma progresivamente acelerada y en los excesos y despropósitos de la construcción de obra civil durante el mismo período. Pero se ha valorado poco aún la magnitud relativa del problema y la multitud de encañamientos que provocó en el resto de la economía. Estas páginas quieren ser una breve reflexión sobre ello y, a la vez, sobre los caminos de una posible salida de la crisis, particularmente en el sector exterior de la economía. La Gran Depresión de los años 2008 y siguientes llegó a España por el sector exterior. También deberá marcharse –cuanto antes mejor– por la puerta del sector exterior.

EL PESO DE LA CONSTRUCCIÓN EN EL PIB ESPAÑOL

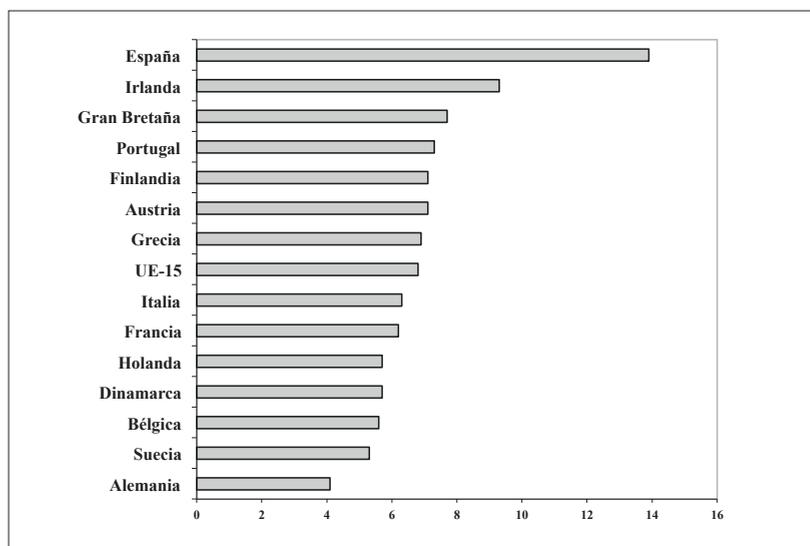
Buena parte de la crisis económica que se ha abatido sobre los Estados Unidos y los países europeos desde 2007-2008 tuvo su origen en el pinchazo de sus respectivas burbujas inmobiliarias y en el hundimiento del sector de la construcción. Aunque no se dispone en España de buenos recursos estadísticos para cuantificar la evolución de la construcción de viviendas y el curso de los precios, abunda la evidencia acerca del enorme crecimiento de unas y otros en el período 1998-2007. Basta recordar que los precios de la vivienda crecieron desde 694,4 euros el metro cuadrado en 1996 hasta 2.085,9 en 2007 según datos del Ministerio de la Vivienda, lo que expresado en términos reales supone un muy elevado aumento acumulativo anual del 6,7 %.

Es menos obvia, en cambio, la excepcionalidad de esta experiencia tan reciente de la economía española. El sector de la construcción, como resultado de una frenética edificación de viviendas de forma combinada con un faraónico

programa de creación de infraestructuras, alcanzó una proporción muy elevada del PIB. En el cénit de esa etapa histórica, el año 2007, la construcción ascendió en España a un inmenso 13,9 % del PIB, un nivel que es una auténtica anomalía en los países desarrollados del mundo occidental de cualquier época. Pese a los problemas de sus propias burbujas, Irlanda o Gran Bretaña, con el 9,3 y el 7,7 % respectivamente, permanecieron muy lejos de padecer una elefantiasis semejante a la española, como pone de manifiesto el Gráfico 1. No se conoce nada semejante en país desarrollado alguno en ninguna época histórica.

Gráfico 1.

Porcentaje del Valor Añadido Bruto de la construcción
en el PIB de los países miembros de la Unión Europea en el año 2007



Fuente: Eurostat

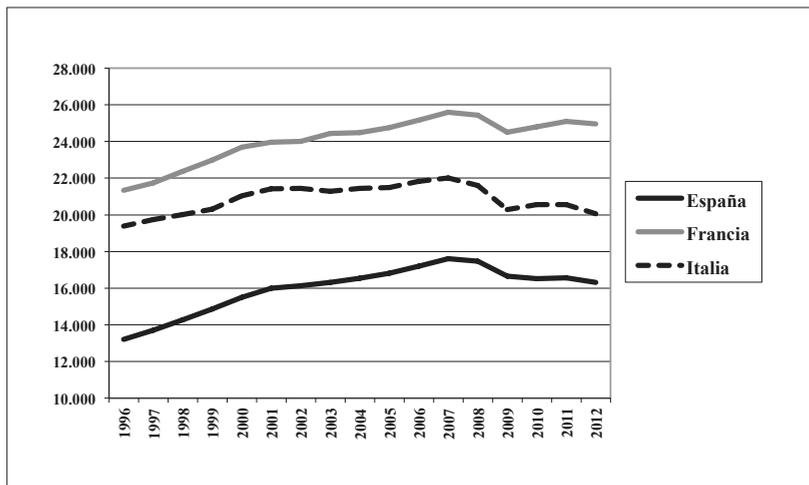
Dada su enorme dimensión relativa, la crisis de la construcción debía poner en jaque al sistema económico entero con consecuencias de enorme gravedad sobre la vida y los recursos de la mayoría de los ciudadanos. La construcción, con el acompañamiento del inmobiliario y del financiero, desempeñó la función de líder o «sector pautador» del crecimiento general. Esto significa que, a través de sus compras o de sus aportaciones, determinó la capacidad de crecimiento de los restantes sectores y les suministró el combustible necesario para que lo consumieran, por lo que todos ellos le quedaron estructuralmente subordinados.

En efecto, la industria de fabricación de materiales de la construcción no fue la única rama productiva que moduló su expansión a los impulsos que le llegaban desde la construcción. De forma directa o indirecta, la práctica totalidad del sistema productivo operaba en respuesta a los estímulos emitidos por el motor del crecimiento. Energía, cemento, transporte, electrodomésticos, textiles del

hogar, automóviles y vehículos industriales, publicidad –y tantas otras actividades productivas– estaban fuertemente vinculados a la expansión del sector de la construcción. Pero, además, a través de la auténtica burbuja fiscal que trajo consigo, el boom de la construcción impulsó toda una amplia serie de políticas públicas y de iniciativas para ampliar el Estado de bienestar. Todo ello, de forma directa o indirecta, se cimentaba en una fuertemente ampliada recaudación de impuestos que dependía de la construcción, el inmobiliario y la banca.

Lo cierto, por otra parte, es que el crecimiento de la economía española en los años 1996-2007 no tuvo nada de extraordinario. El Producto Interior Bruto de España creció por debajo del PIB mundial. En términos relativos, por tanto, se perdían posiciones. Ni siquiera en el escenario europeo, la trayectoria española de los años 1996-2007 puede calificarse, como se hace con frecuencia, de extraordinaria o incluso milagrosa. Medida en términos relativos a la población –es decir, en PIB por habitante–, la evolución no fue especialmente dinámica. Como muestra, el Gráfico 2, el PIB *per capita* español no se comportó de una manera sustancialmente distinta al de Francia, aunque sí mejoró la *performance* de Italia, pese a haber sido receptor neto de un enorme volumen de fondos europeos, circunstancia que no favoreció a los otros dos países considerados.

Gráfico 2.
PIB *per capita* de España y Francia, en euros del año 2000



Fuente: Organización Mundial de Comercio

Tratando de mirar hacia atrás –sin ira– no se puede menos que expresar perplejidad ante lo que no se comprende de otra manera que como una dejación de sus obligaciones por parte de los gobernantes y de los reguladores, además de comportamientos especulativos de dudosa legalidad en amplios sectores de la Administración y de las entidades financieras y otros grupos empresariales. La pasividad de los gobernantes y de los responsables del control de los mercados se hizo patente en

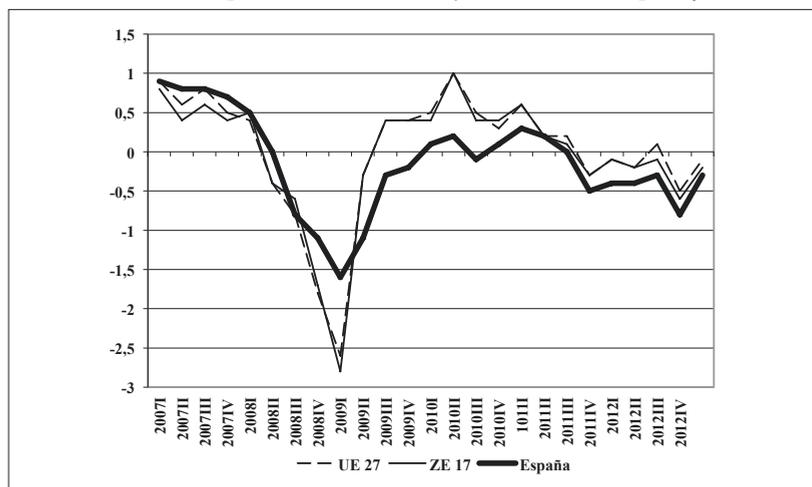
el mantenimiento de diversas normas de estímulo al mercado inmobiliario, como la desgravación por compra de vivienda o los bajos precios relativos de la electricidad, cuando las señales de sobrecalentamiento ya eran patentes. Las voces de quienes advertían sobre los peligros de un inmenso crack fueron sistemáticamente silenciadas. Nadie puede escudarse en la sorpresa o en la falta de información: basta con leer los Informes económicos del Banco de España de cada año.

Evidentemente, alguien confió en su buena suerte, como si se tratara de un jugador de ventaja. Ante la ingenua –por no emplear adjetivos menos benévolo– sorpresa de los gobernantes y de muchos «desinteresados» analistas, el final de aquellos excesos no fue –no podía ser– el pretendido aterrizaje suave sino una catástrofe económica en toda regla. Una auténtica hecatombe de la que no hay precedentes en la historia de España. La economía española ha tenido niveles relativos mucho más bajos en otras etapas históricas y ha padecido períodos críticos diversos, pero no ha sufrido en su época contemporánea una evolución tan negativa como la que comienza en el segundo semestre del año 2007, con dos larguísimas recesiones prácticamente encadenadas.

Sin embargo, no es posible explicarlo todo desde este ángulo. Los datos relativos a la trayectoria de la economía española durante la Gran Depresión aparecen como relativamente poco singulares cuando se ponen en relación con las mismas series de indicadores del conjunto de la Zona Euro de 17 miembros (ZE 17) o, incluso, con la totalidad de la Unión Europea de 27 miembros (UE 27). El gráfico 3 deja bien claro que, pese a la particular gravedad que adquiere en España, de forma semejante a otros países tales como Italia, Portugal o Grecia, los problemas de la Gran Depresión tienen unas dimensiones auténticamente continentales. Es Europa entera la que se enfrenta a un serio problema y no solo nuestro país.

Gráfico 3.

PIB trimestral de España, la Zona Euro y la Unión Europea (2007-2013)



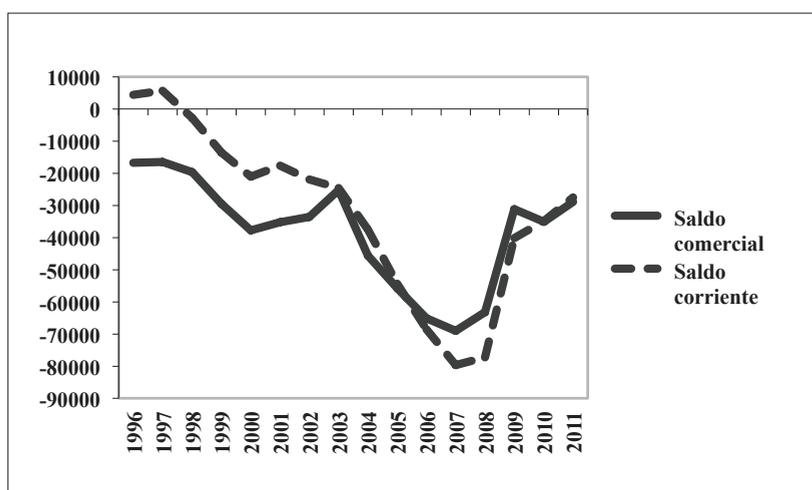
Fuente: Eurostat

ENTRADA Y SALIDA POR EL SECTOR EXTERIOR

Pese a que los graves problemas de la economía española procedían del desmedido sobredimensionamiento de sectores que operan exclusivamente en el interior –construcción, inmobiliario y Administraciones Públicas– y que sus expresiones más negativas también tuvieron lugar en el interior –caída de la inversión y aumento descontrolado del desempleo–, la Gran Depresión se nos echó encima a través de un déficit exterior que crecía vertiginosamente. Los datos recogidos en el Gráfico 4 detallan la evolución de los dos grandes registros relativos al sector exterior.

En primer lugar, la balanza comercial, cuyo saldo aparece en el gráfico en la curva de trazo continuo, muestra un trazo permanentemente negativo, que, además, sufre un deterioro extraordinario desde 2003 hasta 2007. En segundo lugar figura la balanza por cuenta corriente, que resume todas las transacciones ordinarias con el exterior. En este caso, la curva correspondiente está marcada con trazo discontinuo. Es posible observar que en los dos primeros ejercicios de la etapa de bonanza, 1996 y 1997, el saldo es favorable. Pero entre 1998 y 2003 muestra una caída constante, que se agudiza de forma dramática entre 2003 y 2008. Los déficits comerciales y, aún más, los desequilibrios por cuenta corriente de los años 2006 al 2008 son los mayores de la historia de la economía española de todos los tiempos, tanto en términos absolutos como en valores porcentuales respecto del PIB.

Gráfico 4.
Balanza comercial y por cuenta corriente, en valores reales a precios del 2000



Fuente: Ministerio de Economía y Competitividad y Banco de España

Con un boquete en la cuenta corriente próximo al 10 % del PIB en 2007 y 2008, España fue el país con el mayor déficit relativo de todos los miembros de la OCDE. La magnitud de ese desequilibrio no se había alcanzado jamás, ni siquiera en los años de mayores dificultades externas como tras las dos grandes crisis energéticas de los años 1973 y 1979. Para la economía española, un gran déficit comercial no es, en absoluto, algo enteramente nuevo ya que ha debido afrontar situaciones de esta naturaleza con bastante frecuencia, constituyendo una severa restricción externa al crecimiento. Lo que sí es nuevo, por lo menos desde la década de 1950-1960, es que hayan fallado los distintos mecanismos compensadores del déficit que han hecho posible históricamente el crecimiento económico. En la década de 1950-1960, el gran elemento compensador del déficit comercial fue la ayuda americana, negociada a cambio de la instalación de bases militares en territorio español, que alcanzó una magnitud relativa al PIB sustancialmente mayor que las ayudas a la reconstrucción europea conocidas como Plan Marshall.

Desde el Plan de Estabilización de 1959, las partidas compensatorias del déficit comercial en el esquema de los intercambios exteriores fueron los saldos netos de los flujos de turismo y viajes, las remesas de emigrantes y la inversión directa exterior. El progresivo debilitamiento de los dos últimos mecanismos fue compensado a partir de la adhesión de España a la entonces llamada Comunidad Económica Europea que permitió cubrir la brecha del comercio exterior. Pero el creciente endeudamiento contraído con el exterior, sobre todo a partir de 1999-2000, incrementó los pagos por rentas de inversión y contribuyó a aumentar el déficit.

En la fase de presunta bonanza de 1996-2007, se fue produciendo una continua pérdida de capacidad compensadora de las balanzas que habían permitido a España importar y crecer. En este caso se encuentran las transferencias privadas corrientes. En efecto, las remesas de emigrantes desde el año 2004 perdieron su papel histórico de contribuir a compensar el déficit comercial –papel ya muy menguado desde 1980-1985– para formar un flujo de salidas netas que aún incrementaba el déficit corriente exterior. Distintas estimaciones, tratando de valorar los canales informales en los envíos del ahorro de los emigrantes, sitúan su monto entre 5.000 y 8.000 millones de euros para los años 2004-2007. Desde entonces, España pasó a ser una de las mayores economías emisoras de remesas de emigrantes del mundo, junto con Estados Unidos y Arabia Saudí y muy por encima de cualquier otro país europeo.

La inversión directa exterior cambió de signo ya desde 1997 de modo que las cifras de inversión española en el exterior superan a las inversiones exteriores recibidas. Hasta el año 2007, la inversión bruta y neta de las empresas españolas en el exterior creció muy por encima de la inversión exterior recibida por lo que también perdió toda función de cobertura del déficit comercial en la balanza de pagos. Después, durante la Gran Depresión, su evolución ha sido francamente

desfavorable. En el año 2009, las liquidaciones realizadas por empresas españolas en exterior superaron ampliamente a las inversiones nuevas y, por lo mismo, el saldo presenta signo negativo por primera vez en toda la serie histórica. Sin embargo, los resultados del año 2012 son bastante más negativos, con una fuerte desinversión, tanto en inversión bruta como neta.

La excepcionalidad de la situación durante los años de la Gran Depresión se refleja en otro comportamiento sin precedentes en la historia de la economía española. Si la inversión directa exterior emitida tuvo signo negativo en el año 2012, la inversión extranjera recibida tanto bruta como neta fue también negativa. Los flujos de inversión exterior, tanto emitidos como recibidos, se han ido debilitando durante la crisis, pero además, finalmente, se le han añadido cifras de desinversión muy elevadas en las dos direcciones. Algo hasta ahora mismo totalmente desconocido.

También se han reducido dramáticamente las transferencias públicas. La entrada neta de fondos europeos cayó hacia 2007 a cifras casi insignificantes por el doble efecto de la contención de los presupuestos europeos y la entrada de doce nuevos socios más pobres, además de la caída de los programas de gasto comunitario en España por la propia elevación del PIB español y por el aumento de las contribuciones a la financiación del gasto comunitario que esto comportaba. Semejante flujo de transferencias públicas se había combinado con el turismo internacional hasta entonces para proporcionar una segunda fuente de financiación exterior del crecimiento.

En otras palabras, durante los años más avanzados de la etapa de bonanza y en los primeros de la Gran Depresión posterior, desde el segundo semestre del año 2007, solo el turismo mantuvo la función de compensar el déficit comercial aunque de forma cada vez más débil. La evolución positiva de los ingresos turísticos debe bastante a la cesión involuntaria de capacidad de atracción que han efectuado un buen número de destinos turísticos del Norte de África y Próximo Oriente a causa de los conflictos y revueltas de los últimos años. No es probable que esta cesión involuntaria se mantenga de forma indefinida.

Pero, además, hay una serie de factores que aumentan, y seguirán haciéndolo inexorablemente, los gastos en el exterior de los residentes españoles y, por tanto, tenderán a reducir el saldo neto de esta partida tan estratégica para el crecimiento económico como es la de Turismo y viajes. Entre estos factores deben incluirse los desplazamientos asociados a la actuación comercial exterior de las empresas, los viajes de cuadros y técnicos de nuestras flamantes multinacionales, las estancias de estudiantes españoles en centros de formación superior en el extranjero y, sobre todo, los viajes al exterior de extranjeros residentes por motivos familiares y otros semejantes. La globalización, a través del fuerte aumento del total de los extranjeros residentes en territorio español y del número de empresas que actúan ya en el mercado mundial, deben provocar ese efecto de gran aumento del gasto en el exterior de los residentes y la consiguiente reducción de los ingresos netos por turismo.

SALIR DE LA CRISIS

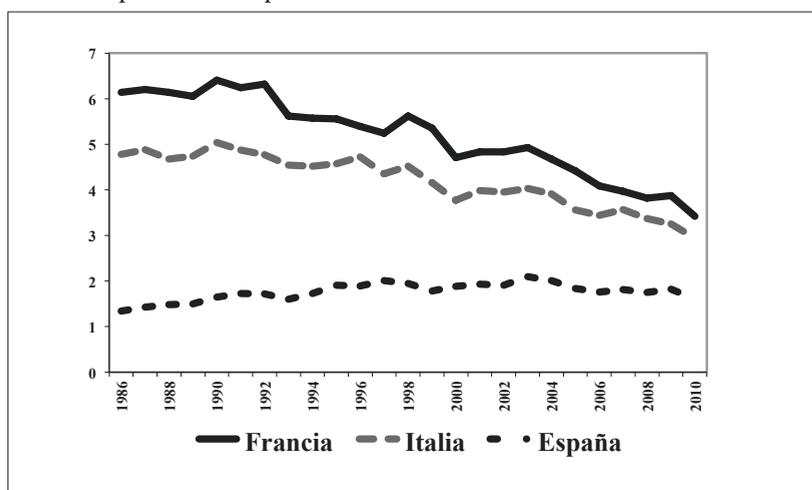
En el pasado inmediato, el único modo de mantener elevadas importaciones de mercancías para sostener el crecimiento económico fue acrecentar el endeudamiento exterior de manera desaforada. Desde el comienzo de la crisis, haciendo de la necesidad virtud, la economía española ha emprendido de forma espontánea una trepidante operación de rectificación de los enormes desequilibrios exteriores que la colocaban al borde del abismo. A corto plazo, en una primera lectura, no se puede menos que subrayar el éxito de esa actuación. En el mes de marzo del año 2013, la rectificación de las cifras del comercio exterior ha proporcionado el primer superávit comercial desde 1960.

No cabe duda que este tipo de dinámica puede ser una contribución extraordinariamente importante a la salida de la crisis, por lo que merece la pena observar un poco más los datos básicos. Para situar la posición comercial española en lo que atiende a su proyección internacional, procederé a comparar las cifras del comercio de exportación de mercancías del país con las de los dos grandes países latinos con los que la economía española mantiene más semejanzas; esto es, Francia e Italia. En el Gráfico 5 se recogen las exportaciones de los tres países en porcentajes del comercio mundial desde el año 1986, en que se produjo la adhesión de España y Portugal a la UE, hasta 2011, último ejercicio del que poseemos los registros de la OMC para todos los países del mundo.

La tendencia de la serie española parece claramente mejor que la de las exportaciones francesas e italianas, puesto que éstas registraron sendas caídas relativas casi a lo largo de todo el período. Las ventas exteriores españolas progresaron más deprisa que el comercio mundial desde 1986 y hasta los primeros años del siglo XXI, de acuerdo con los efectos de creación de comercio que debía producir la integración en aquel año y siguientes. Sin embargo, las exportaciones españolas también se han reducido, en porcentaje del comercio mundial, desde su máximo histórico, que se alcanzó en el año 2003, en adelante.

Una comparación más amplia, con el conjunto de los países miembros de la UE de 27 miembros, ayudará a situar mejor las dimensiones del sector exterior con relación a su entorno geográfico y económico. La Tabla adjunta clasifica los diecisiete países miembros por el tamaño de su sector exportador con relación, respectivamente, a su población y al tamaño de su economía en el año 2010. En términos de exportaciones de mercancías por habitante, España se encuentra situada en la posición 21, sólo por delante de Portugal, Polonia, Bulgaria, Rumanía, Grecia y Chipre. Esto significa que ocho de los doce países miembros de relativamente reciente incorporación a la UE ostentan volúmenes de exportación de mercancías sustancialmente superiores.

Gráfico 5.
Participación de España, Francia e Italia en el comercio mundial



Si se realiza la comparación con el dato relativo a la propensión a exportar de la economía –es decir, en términos de exportación de mercancías en porcentaje del PIB– la ubicación española aún empeora mucho más, puesto que sólo Grecia y Chipre muestran registros más bajos. Es cierto que el dato español no es muy diferente de los de Italia, Francia o el Reino Unido, lo que tampoco es una constatación muy tranquilizadora vista su negativa dinámica en los últimos veinticinco años. Lo que sí marca una gran diferencia en el caso español, en sentido positivo, sigue siendo el comercio de servicios o, lo que es lo mismo, el turismo extranjero.

Exportaciones de mercancías
por habitante y en porcentaje del PIB en el año 2010

	X/hab		X/PIB
Bélgica	29.383	Bélgica	86,6
Luxemburgo	28.234	Hungría	74,6
Holanda	26.070	Eslovaquia	74,1
Irlanda	19.444	Holanda	73,6
Austria	13.882	República Checa	66,9
Dinamarca	13.242	Eslovenia	61,9
Suecia	12.753	Estonia	61,1
Alemania	11.612	Lituania	56,7
Eslovenia	10.752	Irlanda	56,2
Finlandia	9.777	Bulgaria	43,2
República Checa	9.556	Malta	42,8
Eslovaquia	9.018	Austria	40,2

	X/hab		X/PIB
Hungría	7.202	Letonia	39,9
Estonia	6.525	Alemania	38,0
Malta	6.516	Luxemburgo	37,3
Francia	6.091	Suecia	34,2
Italia	5.557	Polonia	34,0
Letonia	5.366	Dinamarca	31,1
Reino Unido	5.039	Rumanía	30,0
Lituania	4.905	Finlandia	29,3
España	4.166	Italia	21,7
Portugal	3.466	Portugal	21,3
Polonia	3.142	Francia	20,4
Bulgaria	2.084	Reino Unido	18,4
Rumanía	1.742	España	18,3
Grecia	1.448	Grecia	7,4
Chipre	1.274	Chipre	6,1

Fuente: Estimación propia con datos de Eurostat

El dato más relevante del sector exterior español desde el comienzo de la crisis en el segundo semestre de 2007 es la caída de las importaciones. Este no es un buen dato: el crecimiento económico español está fuertemente asociado a las importaciones, a causa de la escasez de energía y recursos naturales y de las graves deficiencias de nuestro sistema nacional de innovación, con una elevada dependencia tecnológica del exterior. Si algo ha dejado claro la historia económica de España es la necesidad de incrementar las importaciones de mercancías para que el PIB aumente sustancialmente.

Desde el comienzo de la Gran Depresión, la contracción de la actividad productiva ha apoyado la corrección del déficit comercial exterior. La balanza de pagos por cuenta corriente ha atenuado su gran desequilibrio, pero no termina de cambiar su posición deficitaria por causa de la debilidad de los mecanismos tradicionalmente compensadores de la baja proyección exportadora. El Gráfico 6 muestra la evolución de las partidas compensatorias del déficit comercial, y sus dificultades para realizar la función que la historia les había asignado, entre 1996 y 2012. La mejora entre 2009 y 2011 es muy sustancial pero, a la vez, claramente insuficiente.

Gráfico 6.
Evolución de las partidas
compensadoras del déficit comercial, en porcentaje



El ministro de Economía y Competitividad, Luis de Guindos, anunció en la primavera de 2013, que el superávit por cuenta corriente de la balanza de pagos será de entre el 2 y el 3 % al cierre del ejercicio. Si se cumplen sus previsiones, podrá obtenerse alguna mejora en la posición internacional de la economía, pero no se remediarán sus mayores problemas. El notable reequilibrio de las cuentas exteriores que se está consiguiendo desde 2008-2009 se apoya fundamentalmente en la caída de las importaciones y de los beneficios de las empresas. En otras palabras, los principales protagonistas de la reducción del déficit exterior son el desempleo masivo, la caída de la inversión, la reducción de los salarios y de las remesas de los inmigrantes y las desinversiones realizadas por empresas españolas con presencia en el exterior. Este no es un camino para salir de la crisis, aunque peor hubiera sido mantener o acrecentar esos mismos desajustes.

Las cifras, por tanto, no mueven al optimismo. Pese a la clara mejora de los datos del sector exterior, las exportaciones de mercancías son muy bajas para constituir un punto de apoyo importante para la recuperación económica y para la salida de la crisis en la que el país se halla sumido. Parece absolutamente claro, sin embargo, que la recuperación no vendrá en ningún caso por un muy improbable papel renovado de la demanda interna. El consumo de las Administraciones Públicas seguirá constreñido por un déficit que acrecienta cada año en diez puntos porcentuales sobre el PIB la deuda, habiendo alcanzado en 2012 el máximo histórico en todo lo que llevamos de los siglos XX y XXI. Tampoco no puede esperarse nada relevante del consumo privado con las gigantescas cifras del desempleo, el elevado endeudamiento de las familias y las amenazas cada vez más evidentes de hundimiento del sistema de pensiones.

El camino de salida no puede ser otro, por tanto, que reforzar las exportaciones de bienes y servicios. Esto significa que el cambio de modelo productivo debería dirigirse a facilitar la reducción de costes de todo tipo a las empresas industriales, que son las únicas que exportan, y reforzar el papel del turismo exterior. Con la globalización, la economía mundial está sufriendo unas transformaciones con una velocidad vertiginosa. En la última década del siglo XX y en la primera del XXI, la UE ha bajado diez puntos porcentuales en su participación en el PIB mundial, desde el 29 al 19 %, mientras que Asia ha aumentado quince puntos porcentuales.

En un discurso pronunciado el 15 de mayo de 2013, el director general de la Organización Mundial del Comercio, Pascal Lamy, advirtió que «el 90 % del crecimiento económico que registrará la Unión Europea en los próximos diez años se generará fuera de Europa» por lo cual consideraba básico para que se produzca alguna expansión económica en los países europeos «una mayor interacción económica con las potencias intermedias y mundiales y, en particular, con los países emergentes». Es urgente tomar nota de las palabras de Lamy. España no está en condiciones de realizar muchos esfuerzos, pero debería dar prioridad absoluta a aquellas medidas que pudieran mejorar la vinculación de la economía a los países que se encuentran en fases de decidido crecimiento, sobre todo China y otras grandes economías emergentes del continente asiático como India e Indonesia. La solución ya no está en Europa sino que debe buscarse en la demanda del exterior, donde se concentrarán los mayores incrementos del PIB mundial en las próximas décadas.

El Gobierno debe postergar todas las inversiones ruinosas en el AVE y en otras aventuras faraónicas, que no provocan más que pérdidas en el presente y, todavía mayores, en el futuro, para dedicar íntegramente la capacidad inversora a potenciar el Eje mediterráneo y a mejorar las infraestructuras que pueden colaborar a incrementar la presencia de turistas asiáticos en la Península, esto es aumentar cuanto antes las conexiones aéreas con los aeropuertos de las grandes ciudades mediterráneas. Recuperar alguna capacidad de crecimiento es vital para mantener lo esencial el Estado de bienestar. Los gobernantes tienen la responsabilidad de abandonar sus habituales despilfarros, reducir el parasitismo y centrar el magro esfuerzo inversor que el país aún pueda mantener en tareas al servicio de una estrategia de crecimiento, que no reportarán grandes soluciones pero que vayan apoyando las actuaciones más prometedoras.

.....
 JORDI MALUQUER DE MOTES es catedrático de Historia Económica en la Universitat Autònoma de Barcelona. Recientemente ha publicado, con Enrique Llopis, el volumen *España en crisis* (Pasado y Presente, 2012), en el que han colaborado diversos historiadores y economistas.